

Mariano Picón Salas:

Formación y Proceso de un Narrador

Alberto Rodríguez Carucci

Universidad de Los Andes-Mérida

Instituto de Investigaciones Literarias

En el conjunto heterogéneo y abundante de la escritura de Mariano Picón Salas (1901-1965), no ha sido la narrativa el material más atendido, ni por los editores ni por los investigadores. Casi una docena de textos entre volúmenes de cuentos y novelas han sido relegados, a pesar de que —en sus respectivos momentos (y algunos posteriormente)— merecieron la consideración de escritores y estudiosos tanto nacionales como internacionales.

La producción de tales relatos corresponde, en una primera etapa necesariamente formativa, al período de auge que experimentó el cuento entre el ocaso del modernismo y la emergencia de las vanguardias, ubicado por distintos estudiosos entre 1920 y 1935; una segunda etapa, de hallazgos, madurez y consolidación, abarca hasta 1950, mientras que la tercera, de nuevas búsquedas y proyectos inconclusos, se extiende hasta 1965.

Escribir sobre esa evolución en la narrativa de Picón Salas no es una tarea fácil, pues no son pocos los obstáculos que presentan la dispersión y las peculiaridades de los textos, las opciones de ordenamiento y sistematización del corpus, las posibilidades de ubicación de los relatos en el horizonte del proceso literario nacional. Estas limitaciones y dificultades provienen de distintas circunstancias que será preciso señalar.

La primera de ellas presenta la personalidad intelectual de Picón Salas fuertemente canonizada por la representatividad de sus ensayos, no sólo en la literatura venezolana, sino también en el escenario continental, dadas las cualidades de sus contribuciones que han sido equiparadas –no sin justicia– a los aportes de otras relevantes figuras de la ensayística hispanoamericana, como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña o Ezequiel Martínez Estrada.

Otra dificultad estaría en el hecho constatable de que una buena parte de la obra narrativa de Don Mariano todavía permanece dispersa en distintas publicaciones periódicas, en ediciones que se dieron a conocer en el exterior, y no alcanzaron a circular normalmente en Venezuela, o en algunas ediciones nacionales de escaso tiraje que no se han reeditado hasta el presente o apenas se han empezado a reimprimir recientemente.

Un diferimiento editorial que sin dudas ha impedido el conocimiento de varios textos de Picón Salas, cuya publicación –aunque a veces anunciada– no se realizó nunca, dejando entre ellos algunos relatos que permanecen rigurosamente inéditos.

A esto se une un dato conocido: la mayor parte de las novelas y cuentos del escritor merideño se publicaron primero en Chile, México, España o Puerto Rico, y muy escasamente en nuestro país¹. Como comprobación basta mencionar *Mundo imaginario* (Santiago, 1927), *Odisea de tierra firme* (Madrid, 1931 y Santiago, 1940), *Registro de huéspedes* (Santiago, 1934) y *Viaje al amanecer* (México, 1943), aparte de otros relatos difundidos inicialmente por revistas como *Asomante* (Puerto Rico) y *Cultura Venezolana*, o en varios periódicos nacionales, a los que tendríamos que agregar las ediciones antiguas, impresas en tirajes muy limitados, de los primeros textos narrativos que escribió en nuestro país, como *Buscando el camino* (Caracas, 1920), *Agentes viajeros* (Caracas, 1922), o una novela posterior, *Los tratos de la noche* (Barquisimeto, 1955).

Todos estos, sin contar otros títulos cuya suerte se desconoce todavía, como aquellos que el autor anunció en cartas personales o en referencias editoriales, pero que nunca llegaron a la imprenta: la novela que candorosamente le ofreció en su primera juventud al sacerdote y erudito español Don Julio Cejador y Frauca, titulada *La que supo ser hembra* (1918); *Vida interior* (1924), una novela que dejó inconclusa en su

archivo privado, otra –*Travesías de un hombre sin plata* (1934)– que aparecía anunciada en la «Bibliografía del Autor» impresa en la solapa de la edición chilena de *Registro de huéspedes* y, finalmente, una novela de la cual se publicó un fragmento titulado «*Luto en la familia*», divulgado en Caracas por *El Nacional* el 20 de enero de 1965.

No mencionamos aquí la lista de relatos inéditos que dejó entre sus manuscritos².

Habría que agregar que la noción de discurso narrativo se ha ensanchado últimamente más allá de los límites que imponían los géneros tradicionales y convencionales, lo que obliga a considerar, no sólo los cuentos y novelas de Picón Salas ya mencionados, sino también sus relatos autobiográficos, sus crónicas, sus estudios biográficos y sus testimonios, géneros híbridos que revelan un segmento complicado y casi ignorado del prolífico escritor, quien –visto desde esta otra perspectiva– se nos presenta como un verdadero desconocido en los registros de la narrativa y en la crítica literaria venezolana del siglo que termina.

Ese desconocimiento se ha extendido por más de treinta años, quizás porque en el contexto narrativo nacional de la primera mitad del siglo se destacaron con mayor fuerza las producciones narrativas de Rómulo Gallegos, Uslar Pietri, Julio Garmendía, Guillermo Meneses, Enrique Bernardo Núñez, Ramón Díaz Sánchez y Miguel Otero Silva, mientras que en el continente brillaban los nombres de Jorge Luis Borges, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier...

En ese conjunto, la narrativa del conocido ensayista venezolano, sin ediciones nacionales, sin suficiente circulación, sin promoción ni reediciones, ha pasado inadvertida, algunas veces por simple desinformación sobre su existencia y otras por el efecto disuasivo de algunas lecturas críticas orientadas hacia la descalificación estética o ideológico-política del autor.

Uno de los pocos que ha señalado esas carencias ha sido el historiador Guillermo Morón, quien en su prólogo de 1987 a una vistosa reedición del volumen de ensayos *Comprensión de Venezuela*, se interrogaba sobre la supresión de las propuestas ficcionales de Picón Salas en el proceso de nuestra narrativa contemporánea:

No es poca esa vertiente de fabulación, de creación, de nuestro autor. ¿Por qué se la mutila? ¿Por qué se la silencia? Acaso porque el propio autor la puso a resguardo en sus selecciones, acaso porque el ensayo, el estudio histórico y la biografía relegaron la otra creación.

A lo cual agregaría, en contraste, su particular valoración literaria:

Picón Salas fue cuentista pionero en el acercamiento a la nueva sensibilidad social y novelista en el marco de los problemas contemporáneos³.

Pero ese reconocimiento apenas atenúa el silencio que ha pesado sobre la narrativa del maestro andino. Hasta se complica más la situación si recordamos que el propio Don Mariano parecía inseguro en sus apreciaciones y declaraciones sobre su condición de narrador, pues consideraba sus novelas y relatos como la parte menor de su obra, evidentemente dominada por el ensayo. La apreciación que tenía de su propia narrativa era modesta, enfocada y transmitida desde la perspectiva del investigador, del historiador o del ensayista.

Desestimaba toda su literatura anterior a 1933 porque le parecía, desde el prestigio de su madurez, que aquellos textos eran «exageradamente verbosos y no desprovistos de pedantería juvenil», llenos de énfasis y fracasos por ceder a la imitación y caer fácilmente ante las modas, por «excitación juvenil», precipitación, y por ser «estridentes y pedantes».

Se refería a los relatos incluidos en su libro inicial, *Buscando el camino* (1920), a su cuento *Agentes viajeros* (1922), a su tercer libro *Mundo imaginario* (1927) y a su primera novela, *Odisea de tierra firme* (1931).

Buscando el camino era un pequeño volumen compuesto por textos de diferente índole y diversos ejercicios de escritura, escrito por un adolescente tan atrevido como irreverente en la búsqueda de su expresión, en la cual no escatimaba alardes imaginativos ni erudición, a la vez que animaba su prosa con rasgos de humor e ironía, muy distantes de la gravedad académica con que se ha reconocido a Picón Salas en el panorama cultural de nuestras décadas más recientes.

En su relato «Filosofía de la comodidad», fechado en 1917, simula una página del diario íntimo de un personaje decepcionado por la rutina en sus sesenta años, controlado por la búsqueda ilusoria de la comodidad. El cuento evoluciona sobre el monólogo del personaje, que ha sacrificado su juventud, su vigor de pensamiento y sus posibilidades de amar a cambio de la máxima comodidad. Es «el fracaso cotidiano» de una vida —la de Don Cómodo— sobre el cual despliega el narrador su visión crítica frente al miedo y el sedentarismo, a los que somete bajo una mirada satírica y cuestionadora de las formas de vida suburbanas, plácidas, estériles y sin iniciativas.

Otro cuento del mismo libro, «La historia de Juan Pérez» (1918), intenta narrar la biografía imaginaria de un sujeto sin glorias, mediano y común, sin que llegue a ser un miserable. Estigmatizado con un nombre sin fortuna, es narrado en contraposición con los nombres de figuras memorables de la historia heroica y de las gestas

medievales, empleadas como pretextos por el narrador para vaciar irónicamente su amplia erudición, con un humorismo implacable frente a la indecisa elementalidad de su personaje.

No es la historia contada, ni el tema, lo relevante, sino el relato mismo, al que identifica como «este cuento, donde no hay ni un duelo, ni un matrimonio, ni un rapto». No es sino la mera certificación de la vida cotidiana, frente a la cual el relato se pronuncia contra el aburrimiento, tejiendo su coartada biográfica mediante una habilidosa referencia al archivo, que sirve al propósito de fundamentar un elemento verosímil: la partida de defunción de Juan Pérez, encontrada supuestamente por el narrador en el Libro de la Sacristía y firmada por el párroco del pueblo.

En estos relatos de ambientes y escenarios pueblerinos, parroquiales, los personajes emergen de la rutina cotidiana, en la que nunca pasa nada y donde el individuo apenas tiene espacios y opciones para desgranar su medianía.

El historiador que será después Picón Salas se asoma en el juego del archivo, donde la letra es consagrada como testimonio de la verdad.

En los dos cuentos citados, el diario íntimo y la partida de defunción constituyen, respectivamente, los documentos que suplen los efectos de verosimilitud de aquellos primeros relatos, donde la ironía sirve como recurso fundamental para sacudir críticamente la inactividad de unos personajes sin destino, consumidos por su propio abandono.

Semejantes son las anécdotas y el ambiente que se muestran en *Agentes viajeros*, un cuaderno publicado por *La Lectura Semanal* (Tomo II, Nº 2), editado en Caracas el 9 de julio de 1922.

A ese cuento le siguió *Mundo imaginario*, impreso por la Editorial Nascimento de Santiago de Chile, en 1927, cuando el autor residía ya en aquel país suramericano.

Trece cuentos integran la colección, y se distribuyen en cuatro secciones: «Los recuerdos impresionantes», «La vida de un hombre», «Historia de un amigo» y «Tema de amor». La presentación del autor, escrita con un definido matiz autobiográfico, revela cambios en las concepciones y actitudes vitales del joven cuentista, que declara su distanciamiento con respecto al «romanticismo pasatista», en un esfuerzo por afirmarse en una escritura moderna que ha adoptado tras sentir «la influencia moderadora, lógica, de esta zona templada de la inteligencia y la sensibilidad chilena».

Mundo imaginario es un libro heterogéneo y desigual, narrado desde una primera persona a veces voluntariosamente objetiva, otras líricamente confesional, que evidencia un momento de importancia en la etapa formativa del narrador, cuyo

ciclo concluye –según el propio Picón Salas– con *Odisea de tierra firme*, una novela escrita y publicada también en Chile, cuando su autor co-dirigía la revista *Índice*, un proyecto editorial orientado hacia el tratamiento crítico de cuestiones sociales y estéticas. Una línea de reflexión que también determina el curso narrativo de su *Odisea...*, relatada desde una posición nostálgica y desesperanzada con respecto a Venezuela, cuya historia explora siguiendo sus decepciones desde el siglo XVIII hasta los inicios del XX, tratando de comprender y asimilar afectivamente sus desencantos y frustraciones, sin desperdiciar el recurso de la ironía, que con particular agudeza emplea también en el último de sus libros editados en Chile, *Registro de huéspedes. Novelas* (1934), donde revela una lucida percepción de las cualidades del mundo americano en el periodo de entre guerras, cuyos matices, tensiones, virajes y transformaciones son presentados por un narrador que los recoge en el escenario simbólico y transitorio de una especie de hospedería universal, que puede estar en Santiago de Chile, en Caracas, o en el mundo problemático de los residentes latinos de New Orleans, en la más inmediata realidad santiaguina de los años 20 o en la Venezuela de finales del siglo XIX, en tiempos de Guzmán Blanco.

El narrador selecciona los personajes y sus contextos narrativos según los imagina al seguirlos en el libro mayor del hospedaje, el Registro de Huéspedes, impuesto por Ley de la República con «la intención sana de fiscalizar las actividades de nacionales y extranjeros que pudieran subvertir el orden público», así «este libro recoge con la peculiar caligrafía, el nombre, procedencia y ubicación en el mundo de todos los personajes». A partir del libro de la hospedería, confiesa el narrador, «escribo, recojo, o sueño más bien, la posible historia de los huéspedes».

Desde esa perspectiva recorre los distintos escenarios de un proceso de modernización que transforma agresivamente tanto a la gente como los espacios urbanos. El narrador critica y desmonta esquemas ideológicos, doctrinarios y políticos, acudiendo para ello al humor y a la ironía. Ridiculiza conductas convencionales y atenta contra la «obstinada utopía» de los agentes de cambio de aquella modernidad, que considera fatua y postiza, aquejada por aquella especie de «nordomanía» de la que hablaba José Enrique Rodó en las postrimerías del siglo XIX.

La fragmentariedad de los relatos, la supresión de perspectivas mesiánicas, la simulación de testimonios vivenciales y la apelación al libro de registros, combinados con un discurso crítico más o menos atrevido e irreverente, hacen de *Registro de huéspedes* una narración motivadora, perceptiva y sugerente para las lecturas de hoy.

Quizás fueron esos los rasgos que reconoció Picón Salas en aquella novela, que —a su manera de ver— representaba un cambio cualitativo en su oficio de narrar, mientras que la literatura que había publicado entre los años 20 y 30 traducía, según su parecer, un afán por pasar de lo conceptual a «lo puramente sensorial y estético», al mismo tiempo que se empeñaba —siguiendo a Goethe— en educar su vista y su oído. En “Pequeña confesión a la sordina” (1953), llegó a declarar:

En muchos de mis relatos juveniles, sobre el interés de la narración, frecuentemente rota y difusa, predomina esa búsqueda de valores pictóricos. Hay más paisaje y naturaleza muerta que coherencia realista⁵

Aquella oposición entre razón y emoción parece haberse impuesto siempre en su perspectiva, lo cual equivale, en cierta medida, a la distinción entre las formas del discurso académico y las del discurso artístico. También estableció un deslinde entre las instancias de la inteligencia y las convocatorias de la nostalgia, optando en sus relatos por la última, convirtiéndola en *leit motiv* en *Viaje al amanecer* (1943), *Nieves de antaño* (1958) y *Regreso de tres mundos* (1959).

Más tarde, en un artículo sobre “Literatura y sociedad” (1963), Picón Salas alcanzaría a elaborar una concepción más definida, moderna, sobre el ejercicio de la escritura literaria:

...el problema de la literatura no es tanto el *para qué se hace* sino el *cómo se realiza* la obra. Hay un tono emocional, un ritmo, un lenguaje, una exigencia de autenticidad expresiva, sin las cuales se cae en el muy conocido *infierno de las buenas intenciones*. Y agregaba: «No confundamos el autor con la obra porque caeríamos en el más intrincado engaño»⁶.

No obstante, la mayor parte de su obra narrativa gira precisamente alrededor de motivaciones autobiográficas⁷.

En su «*Pequeña confesión a la sordina*» sugiere que su literatura cobra un nuevo rumbo después de 1936, tras la muerte del dictador Juan Vicente Gómez y al comienzo de un nuevo proceso que será el de la transición hacia una incipiente democracia. Es el período de sus trabajos biográficos, que algunas veces llegan a confundirse —por su elaboración escritural— con la narrativa de ficción, como sucedió con el relato «Peste en la nave», premiado en 1949 en el Concurso de cuentos de *El Nacional*, aunque en rigor era un capítulo del libro histórico-biográfico *Pedro Claver, el santo de los esclavos* (1950).

En ese lapso transitorio hacia su consolidación como narrador (1936-1953), Picón Salas produce su libro más exitoso, impreso en México por Ediciones Mensaje, bajo los auspicios de la UNAM, *Viaje al amanecer* (1943), ceñido a su *leit motiv* de la nostalgia y urdido como un texto entre la novela y la confesión autobiográfica,

editado –hasta ahora– diecisiete veces, con una traducción al francés y otra parcial al inglés. Es un relato de evocaciones y añoranzas que reconstruye un pasado remoto, con sus personajes antañones y fantásticos rodeados de objetos, mobiliarios, ambientes familiares y paisajes que, sobre el eje del tiempo, tejen el gran signo de una memoria entrañable, urdida en la madurez como testimonio de las vivencias infantiles del narrador, que recupera en *Viaje al amanecer* un delicado cuadro de la historia cultural de Mérida en su brumoso e ingenuo despertar frente al inicio vacilante de los tiempos modernos.

A principios de la década de 1950 Picón Salas comenzaría otra experiencia narrativa, al parecer con el cuento «Los batracios», que incluyó en sus *Obras selectas* (1953 y 1962), cuyo éxito puede medirse por las veces que ha sido recogido en antologías de la narrativa nacional y latinoamericana.⁸

Un relato que cuenta un episodio alucinante de la llamada «Revolución legalista» de Joaquín Crespo, a través de la narración de los alzamientos de montoneras y luchas por el poder, en las cuales se revelaba el debate entre la tradición caudillesca y la modernidad institucional, todo visto como en una pesadilla contada para conjurar los residuos de una historia de violencia y abyección, en medio de la cual el ser humano no tenía alternativas.

Es un relato lineal, tradicional, que configura espacios rurales, personajes que comienzan a revelar sus estados psíquicos en situaciones límite. Quizás ése sea el principal mérito de este texto, todavía muy cercano al realismo naturalista, moldeado por el esquema civilización / barbarie que el autor intentaba superar.

Otro cambio lo promoverá la novela *Los tratos de la noche* (1955). Una historia urbana que intenta narrar los efectos de las transformaciones modernas del país, un intento por revelar la diversidad de experiencias y de personalidades inmersas en el dramatismo de la vida cotidiana citadina, agobiada por el sobrepeso de la memoria de Alfonso Segovia, el personaje que ha regresado del exilio para constatar que todo ha sido trastrocado.

Picón Salas explicó en una entrevista⁹, al presentarse la primera edición de su libro:

Los tratos de la noche bien puede ser la novela del cambio de situaciones, choques de generaciones, cambio de sensibilidad en los venezolanos. En cinco personajes he querido evocar el proceso psicológico y humano de Venezuela en los últimos treinta años. [...] En este libro he querido pintar el estado mental y espiritual de muchos venezolanos en este momento, que parece de singular cambio y crecimiento en la vida del país.

Una exposición definida del proyecto narrativo que le sirvió de base para la escritura de la novela, a propósito de la cual no ocultaría dudas respecto de su condición de narrador:

No sé si he logrado disimular la influencia del ensayista en este libro que quiere ser más activo y representativo que discursivo. He lanzado a los personajes a que vivan su propia circunstancia, sin interferir en sus vidas. [...]

A mi edad uno tiene ya poca vanidad literaria y toda obra se presenta más bien como una tarea de servicio. Nunca he aspirado a ser un escritor internacional y me basta reflejar con reflexión y pasión lo que siento por el destino de mi país. Los críticos tienen el derecho de decir si me he equivocado...»

Diez años después de *Los tratos de la noche*, Picón Salas envió un fragmento de una novela inédita a *El Nacional*, poco antes de su muerte. El texto se publicó póstumamente bajo el título de «*Luto en la familia*», en un suplemento especial del periódico dedicado al Ateneo de Caracas.

El relato reanudaba el tratamiento de los temas histórico- sociológicos, sometiendo a escarnio las imposturas de una orgullosa dama española en la sociedad caraqueña de inicios del siglo XX. El marido, un militar criollo de oscuro linaje, contrasta con las ínfulas de su esposa, cuyos blasones son demolidos por el desenfado y la mordacidad del general. Muerta la dama, el narrador evoca satíricamente su memoria: «Entraría al cielo o al Purgatorio con la misma frivolidad solemne que a los casinos de la Costa Azul».

Relatos críticos, deceptivos, exploran la historicidad de lo cotidiano y el drama de lo excepcional. La narrativa de Picón Salas aspira a producir un efecto de reflexión, más que de conmoción en el lector.

Si al principio de su producción intelectual podía hacer una lúcida conferencia sobre las nuevas corrientes del arte (1917), al tiempo que escribía cuentos post-románticos o modernistas, casi en todas sus narraciones parece sucederle lo mismo: la voluntad analítica rebasa en su escritura las posibilidades de construcción de un mundo narrativo autónomo.

La narrativa de Picón Salas es elaborada más con una intención re-presentativa de la historia que como exploración de las posibilidades de crecimiento y profundidad de los sujetos narrados.

Es la tendencia que logró vencer en *Viaje al amanecer*, desde el punto de vista de los artificios de su textualidad literaria, lo cual le permitió asentar el sesgo autobiográfico de su narrativa como hito de ese tipo de relato, dentro del cual edificó un paradigma, aunque Picón Salas como narrador, discreta y dignamente, como en uno de sus títulos más célebres, casi siempre «va de ensayo».

Notas

- 1 La narrativa de Mariano Picón Salas, sin incluir sus estudios biográficos, consta de los siguientes títulos: *Buscando el camino*, Caracas: Editorial Cultura Venezolana, 1920 (incluye algunos cuentos); *Agentes viajeros*, Caracas: La Lectura semanal, T. II, 2, Imprenta Bolívar, 1922; *Mundo imaginario*, Santiago de Chile: Edit. Nascimento, 1927; *Odisea de tierra firme*, Madrid: Edit. Renacimiento, 1931. / 2ª ed. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1940. / 3ª ed. Mérida, Venezuela: Ediciones Solar, 1995; *Registro de huéspedes*, Santiago de Chile: Edit. Nascimento, 1934. / 2ª ed. Mérida, Venezuela: Edics. Actual, 1997; *Viaje al amanecer*. México: Edit. Mensaje, 1943. Hay otras ediciones. Entre las más recientes está la incluida en: Mariano Picón Salas, *Autobiografías*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1987. pp. 13-132 y la publicada en Mérida: Ediciones Solar, 1993; «*Los batracios*». En: M. Picón Salas. *Obras selectas*. Caracas: Edime, 1953. Antes apareció en *Cruz del Sur* (Caracas) (1): 46-52, 1952; *Los tratos de la noche*, Barquisimeto: Edit. Nueva Segovia, 1955. / 2ª ed. Mérida: Edics. Solar, 1997.
- 2 Las referencias de los relatos dispersos en publicaciones periódicas, y los que quedaron inéditos, aparecen en el trabajo de Rafael Ángel Rivas, *Fuentes documentales para el estudio de Mariano Picón Salas (1901-1965)*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1985.
- 3 Guillermo Morón. «De nuevo Mariano Picón Salas». Prólogo a *Comprensión de Venezuela*. Caracas: Petróleos de Venezuela, 1987. p. XXII.
- 4 Mariano Picón Salas. «Pequeña confesión a la sordina». En: *Obras selectas*. Caracas: Edime, 1953. / 2ª ed. 1962. También en sus *Autobiografías*. Véase nota 1.
- 5 *Ibid.*

- 6 Mariano Picón Salas. «Literatura y sociedad». En: *Hora y deshora*. Caracas: Ateneo de Caracas, 1963. pp. 51-52.
- 7 Este aspecto ha sido estudiado por: Esther Azzario. *La prosa literaria de Mariano Picón Salas*, Caracas: Universidad Simón Bolívar, 1980; Gabriela Mora. *Mariano Picón Salas autobiografía. Contribución al género autobiográfico en Hispanoamérica*. Ann Arbor, Michigan: University Microfilms, 1981; Juan Carlos Santaella, «Mariano Picón Salas o la pasión autobiográfica». *Folios* (Caracas) (25): 20-21, marzo-abril 1993; Simón Alberto Consalvi. *Profecía de la palabra*. Caracas: Tierra de Gracia Editorial, 1996.
- 8 Véase Rafael Ángel Rivas D. *Op cit.* pp. 35-36.
- 9 *E/Nacional*. Caracas, 15 de junio de 1955. p. 16.